

*“El clarividente”, película a medias, con un actor de cuerpo entero*

Los comienzos de todas las cosas son, por lo general, alentadores en grado sumo. Así se trate de amores, de partidos de “bridge” o de películas. Los de “El clarividente”, por su parte, eran toda una promesa y nos hicieron sospechar que al fin se había dado a Claude Rains el personaje adecuado a su quieta tempestad interna, a su envés diabólico.

Imagínense Uds. que se trata de un “lector del pensamiento” de esos que adivinan a fuerza de truco y que, al debutar en un “music hall” de mala muerte, cae en trance autohipnótico y tiene previsiones del porvenir, así como retrovisiones del pasado. Todo ello sin que el director Maurice Elvey - culpable de un ritmo un poco cojeante en la sucesión de los episodios - recurra, para sobrecoger el ánimo, a la cargazón de sombras y a los escenarios espesos habituales en estos casos: no señor. La atmósfera es clara y las proyecciones pseudocientíficas del caso se presentan sin ningún truco. Pero es tanta la honradez de procedimiento que caemos en aquello de “nada por aquí, nada por allá”... y nada por ninguna parte. El clarividente no ve en algunos momentos más allá de sus narices: no ve, por ejemplo, que la mujer que inconscientemente le sirve de “médium” anda equivocándose en los puntos por él toda vez que teje y no ve siquiera si va a tener pan para hoy y nada para mañana. Cosas que muchos que no somos clarividentes creo que no tardaríamos tiempo en adivinar.

Cuando se decide a ponerse en trance, aplica su mágica facultad al tan gastado y tonto episodio de acertar al caballo ganador de las carreras, o hace lo posible para que se le conduzca a los tribunales bajo la acusación de que su vaticinio equivocado sobre la explosión de unas minas creó, entre los obreros, la atmósfera de tensión nerviosa determinante de la tragedia. Vale decir: que de aquel “music-hall” de agrio sabor populachero en que se inició la cinta vamos a parar a la sala de audiencias de siempre, con la absolución de siempre.

*Viendo claro en los intérpretes*

Esta trayectoria no afecta la interpretación de Claude Rains, seguro desde un principio, inteligente en sus matices, imponiendo su personalidad riquísima, de una sustancia psicológica completa y maleable hasta la sutileza y hasta la desviación, con una gran autoridad de autor que sospechamos nada más que con oírle la voz en “El hombre invisible”. Y reafirma - por ese juego de contra que se da muchas veces, inesperadamente, tanto en el arte como en la vida - la trayectoria de Jane Baxter, figura con la que nos hemos ido familiarizando en las diversas muestras de cine inglés ofrecidas en el Estudio Auditorio. Su máscara de ternura rebelde - si es que permiten Uds. la expresión - remata y define una actriz con mucho dentro, aflorante ya en dos o tres oportunidades en esta cinta. Nada tiene que hacer a su lado, en consecuencia, Fay Wray, la importación americana, que en cambio, lo tiene todo en su rostro de extraño

interés y nunca llega a dar voces internas o a expresarse en movimientos dramáticos que la justifiquen.

R.A.D.